



«Aquí ha habido una carrera hacia el robo»

Las voces de Amelia Valcárcel, Javier Gomá, Laura Etxenike, José Ángel Cuerda, Daniel Innerarity, José Ignacio Calleja y Francesc de Carreras sobre la corrupción. **P26**



▶ 29 Octubre, 2014

«Aquí ha habido una carrera hacia el robo»

Siete representantes del mundo de la filosofía, la ética, la teología y la literatura interpretan el hartazgo de la ciudadanía por la corrupción

EL CORREO

BILBAO. España continúa instalada en la edad de la codicia. Los ciudadanos siguen atónitos e indignados el goteo interminable de casos de corrupción, que han terminado por invadir y contaminar casi todos los ámbitos de la sociedad, en una degradación que amenaza con intoxicar el propio sistema de valores. EL CORREO ha recabado la opinión de un grupo de personalidades, acostumbradas a reflexionar sobre la realidad española, que ahora gira sobre el saqueo del dinero público. Son expertos en ética, en teología y en filosofía -autores de brillantes ensayos que han sido galardonados-, pero que permanecen en contacto con la sociedad civil, a pie de calle o en las aulas universitarias.

Amelia Valcárcel Filósofa
«Aquí el que no robaba, pasaba por idiota»



«Esto es ya un 'tsunami' que parece indicar que la corrupción es sistémica, pero si sistémica. Y a todos nos consta que conocemos o nos han dicho que hay y nos sueñan casos que todavía no han salido. Nuestra democracia ha sido puesta a los pies de los caballos por esta gente con su comportamiento de desvergüenza», lamenta Amelia Valcárcel, catedrática de Filosofía Moral y Política de la UNED. Valcárcel, que también tuvo una breve irrupción en el mundo de la política como consejera de Cultura del Gobierno socialista de Asturias entre 1993 y 1995, alerta además del peligro que estos escándalos conllevan. «Hay un problema de desafección hacia los políticos, que se agrava con todo esto y la desafección siempre se salda con populismos, que es el riesgo que corremos actualmente».

La prestigiosa catedrática, que pertenece a diversos consejos como el de la Fundación Carolina o el del Real Instituto Elcano, considera que en España «la moralidad común tiene un estándar muy bajo y su tolerancia es muy alta para el sinvergüenza. Sabían perfectamente que obraban mal, no lo ignoraban, al contrario, se han dado más prisa a medida que el cerco se estrechaba por si acaso les llegaba la hora. Aquí ha habido una carrera hacia el robo, donde el que no robaba pasaba por idiota».

«En otros países, en el norte de Europa, su tolerancia a la corrupción es mucho menor. Tendrán otros defectos, sin duda, y también han tenido algunos escándalos, pero no en esta medida porque allí se atajan rá-

pidamente. Y no me quiero ni imaginar la impresión que debemos estar dando en Europa».

Respecto a qué se puede hacer para atajar esta 'gangrena', Valcárcel no cree que sea un problema de leyes sino de ética. «Ahora mismo, que actúe la Justicia y en adelante tener un poco más de vergüenza en general. Yo creo que las leyes actuales están bien y no es preciso hacer muchas más, pero parece evidente que la gente las tiene que cumplir y hacerlas cumplir porque en muchas ocasiones encuentra resquicios para hacer lo que no debe».

Javier Gomá Filósofo
«España no tiene el corazón educado para la libertad»



El ensayista y filósofo Javier Gomá acude a la Historia para entender lo que ahora está pasando. «España ha tenido históricamente un problema. Sánchez Albornoz dijo muy lúcidamente que es un país sin feudalismo y sin burguesía. Durante la Edad Media, España se montó a caballo y estuvo reconquistando durante siete u ocho siglos, y cuando terminó eso siguió montando a caballo en América. No teníamos burguesía: estaban los señores y los agricultores, mientras que en los países vecinos se va creando a partir de los siglos XV o XVI una clase media que quiere producir riqueza. En torno a eso se va generando un universo, hábitos y costumbres como el amor a la libertad, los derechos, los equilibrios de poderes, la economía de mercado... Son países en los que hay novela, ópera, filosofía, mientras que en España no existe esa clase media que cohesionan un país. Cuando tenemos un gran conflicto, nuestra Guerra Civil, vuelve a triunfar la parte militar: otros países ya están en una revolución libertaria y contracultural, pero aquí tenemos a un dictador», precisa.

El director de la Fundación Juan March profundiza en un pensamiento muy elaborado. «De pronto, en el tardofranquismo, irrumpe por primera vez la clase media como protagonista de la Historia: eso es la Transición. Pero, mientras que los otros países han tenido dos, tres, hasta cuatro siglos de educación sentimental de la libertad y han creado valores propicios a un uso correcto y cívico de ella, aquí hay un primer momento de ebriedad de la libertad, con manifestaciones como la Movida madrileña. Es la libertad sin libro de instrucciones. Éramos aceleradamente libres y nos llegaron los fondos de la UE, con lo que

somos libres sin educación y ricos sin esfuerzo: eso tiene como resultado una España hortera, con instituciones y derechos de libertad pero sin el corazón educado para ejercerla. Muchas veces se pone demasiado el acento sobre la importancia de las leyes, cuando la decencia no se puede obligar, ni reglamentar, ni codificar. Yo no digo que unas buenas leyes no contribuyan, pero la decencia tiene que ver con la educación de corazón, aunque me doy cuenta de que eso no es un plan para este fin de semana».

Luisa Etxenike Escritora
«Este momento terrible debe servir de oportunidad»



A Luisa Etxenike el incansable goteo de casos de corrupción, al que se ha sumado esta semana la denominada 'operación Púnica', le produce sentimientos encontrados. Reconoce que la 'inquietud es absoluta'. No solo por ver «cuál profunda es la herida», sino también por cómo «estos casos, que parecen no cesar, están minando la confianza de los ciudadanos en las élites». «Tenemos que estar profundamente alerta para defender el fundamento de las instituciones democráticas. Hay que restaurar la confianza, no en personas concretas, sino en la estructura», sostiene. Y es que si algo tiene claro la escritora donostiarra es que «este momento terrible debe servir también de oportunidad». «Se están destapando estas prácticas, el poder judicial actúa... Se está empezando a sanear», se congratula.

Tras la detención el lunes de medio centenar de políticos y empresarios por amañar 250 millones en concursos públicos, Etxenike considera que «todos debemos hacernos una pregunta: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?». «No hemos extremado la vigilancia y, sobre todo, la exigencia», lamenta. Subraya así la necesidad de «dotarnos de mecanismos, jurídicos y ciudadanos», que permitan «monitorizar en tiempo real la vida pública». Avanzar hacia una «transparencia total». «Hay que llegar hasta el final, hasta el estamento que sea, y aprender la lección», resume.

Etxenike rechaza entrar a valorar si en Euskadi la situación es mejor o peor que en el resto del Estado. «Es evidente que aquí se han destapado menos casos de corrupción, pero lo importante no es la comparativa. Cualquiera caso, por pequeño que sea, es en sí una tragedia», argumenta. Tampoco cree que el foco del debate deba ser ahora «si unos son mejores que otros», en alusión a las diferentes fuerzas políticas. «Lo que hay que conseguir es que todas las instancias sean fiables, creíbles y que los ciudadanos sientan que cuanto más encima estén, será mejor». «La calidad de la democracia es cosa de todos», apostilla.



Agentes de la Guardia Civil custodian en Valencia a uno de los detenidos

José Ignacio Calleja Teólogo
«Vivimos en una sociedad que no cree en el bien común»



José Ignacio Calleja, profesor de Filosofía Social en la Facultad de Teología de Vitoria, lleva mucho tiempo reflexionando sobre cómo es posible que se haya llegado a una extensión tal de la corrupción, pero asegura que no termina de «asimilar qué ha podido suceder». «No es fácil entender cómo ha alcanzado a tantos estratos sociales esa oleada de comportamientos tan falsos, tan insolidarios, tan injustos socialmente pero también de los corruptos consigo mismos». A su juicio, la explicación puede estar en «la pérdida de valores compartidos y la ausencia de estructuras de control. Ha habido unas élites que han hecho la vista gorda ante lo que sucedía, han aplicado el principio de 'hoy por ti y mañana por mí'. Esas élites están formadas, básicamente, por una clase política profesional en la que abunda «gente muy servil y egolatra». Una clase política enfermiza en su egolatría y muy ideologizada».

No piensa Calleja que pueda apelarse a la figura literaria del pícaro para tratar de fijar el origen de la corrupción en el ADN del país. El rápido desarrollo económico, «la Transición que se basó en guardar silencio sobre tantas cosas», todo ha contribuido a crear la falsa idea tan extendida en algunos ambientes de que «aprovechase de lo público es normal». «Vivimos en una sociedad muy superficial que no cree en el bien común», asegura. Se piensa

«que quien reparte se queda con la mejor parte y se entiende que todos lo harían».

«¿Y cómo se endereza el rumbo? «Hay que construir una cultura de los valores, establecer que algunos son esenciales para asentar una sociedad. Eso debemos transmitirlo en todas las instancias: la escuela, la familia, los medios de comunicación...» Lo dice con la preocupación de quien piensa que el país está un poco perdido y carece de confianza en sí mismo. «No tenemos una clara conciencia de lo que es bueno y lo que no». En parte, sucede porque desde hace al menos dos décadas se entiende que «vale todo» para conseguir un objetivo, «y las estrategias más irrespetuosas son parte del juego». El resultado es que «nadie cree en nadie». «Las estructuras de poder político, tan frágiles y tan nutridas del pasado, con tanto dinero alrededor y unos gestores con una cultura moral muy tramposa, son una bomba de relojería, desde el Rey para abajo».

Francesc de Carreras Jurista
«La clase política dirigente debe dar ejemplo»



El catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Barcelona señala que «es ahora cuando nos estamos dando cuenta, gracias a las investigaciones policiales y al poder judicial, de que la corrupción es algo más extendido de lo que pensábamos. No es que ahora exista más corrupción, sino que sabemos su magnitud. El profesor distingue en-



durante la 'operación Púnica' el pasado lunes. :: EFE

tre el corruptor y el corrupto. «El primero está en la sociedad y busca obtener ventajas en la Administración pública respecto a sus colegas de profesión. Antes de acusar a los políticos como corruptos muchos deberían mirarse al espejo y preguntarse si ellos, en la medida que sea, a otra escala, también incumplen leyes para su propio beneficio. Ser corrupto no va en el carácter de un pueblo, lo que ocurre es que fallan los controles institucionales y, en este caso, la naturaleza humana cae como sabemos en la tentación de corromper y corromperse».

De Carreras, analista habitual de la actualidad española, cree que «sin duda todo esto afectará en las próximas elecciones a los dos grandes partidos y a algunos partidos hegemónicos en sus zonas, en el caso de Cataluña a CiU. Esta conciencia generalizada de corrupción sin duda les afectará, aunque no sabemos en qué medida. Estos partidos están en condición de reaccionar con hechos, pero no sabemos si esas reacciones serán creíbles. Otros partidos pequeños no contaminados por la corrupción –porque no han tenido ocasión de corrom-

perse– se beneficiarán de ello con todos los merecimientos».

En cuanto a la regeneración moral, el jurista considera que pasa por dos caminos que deben ir juntos. «La clase política dirigente debe dar ejemplo. El nuevo Rey en pocos meses mediante gestos y palabras ha dado ejemplo. Se ha hecho creíble y ha cambiado la imagen de una institución deteriorada a ojos de la opinión pública. Y en segundo lugar deben funcionar los controles institucionales que han fallado. Ahora nos están dando ejemplo la Policía, los fiscales y los jueces. Pero

también tendrían que darlo los defensores del pueblo que hay por todos los lados, los tribunales de cuentas, los parlamentos y las direcciones de los partidos».

José Ángel Cuerda Exalcalde «Ninguna comunidad está vacunada contra esto»



José Ángel Cuerda asiste con estupor al goteo interminable de casos de corrupción –«cuando se produjeron los primeros brotes lo teníamos que haber cortado»–, que afecta, también, a alcaldes de algunos municipios. Carismático regidor del Consistorio de Vitoria tras las primeras elecciones democráticas, Cuerda considera la corrupción como «la auténtica enfermedad de la democracia, una epidemia que ya se ha extendido», y recuerda que en sus tiempos de gestión pública a pie de calle, entre 1979 y 1999, «no existían, afortunadamente, este tipo de corruptelas. Puedo hablar en nombre de todos los partidos de entonces, gente honrada a carta cabal, lo mismo que los funcionarios que eran ejemplares».

¿Es Euskadi un oasis en el mapa general de la codicia? El exalcalde cree que en el País Vasco no se han dado casos tan espectaculares, aunque advierte de que «nadie está libre, ninguna comunidad está vacunada contra la lacra de la corrupción». «Nadie puede decir que aquí no se pueda producir, que somos ímpolutos y perfectos –añade–, porque aquí y desde aquí se han cometido crímenes tan atroces como los asesinatos de ETA», evoca.

Cuerda cree que la regeneración del sistema tiene que venir de la mano de los ciudadanos. «Esto sólo se puede arreglar con el esfuerzo de todos. No nos podemos encoger de hombros y decir que nos da igual. En el momento que nos convoquen a emitir nuestro voto, ya sea para el gobierno de la ciudad, de la comunidad autónoma o del Estado, tenemos que ser conscientes de quienes nos inspiran confianza y de quien nos podemos fiar. Aquellos

que han cometido barbaridades no les podemos dejar que vuelvan a gobernar. La Justicia tiene que actuar, pero los ciudadanos tenemos que reaccionar», zanja.

Daniel Innerarity Filósofo «La peor corrupción es la que no se ve»



Daniel Innerarity, catedrático de Filosofía Política y Social, y director del Instituto de Gobernanza Democrática,

considera que la corrupción, «siendo un tema muy grave y que no puede ser tolerado en su más mínima expresión, en estos momentos es menor que en épocas recientes de nuestra Historia. Ha habido avances muy considerables en la vigilancia democrática, en la capacidad de establecer comisiones rogatorias, la investigación judicial y tributaria, la actitud de los medios... El hecho de que estén saliendo a la luz casos de corrupción no debería hacernos perder de vista que ha habido grandes avances en el combate contra ella: el sistema político tiene muchos elementos de supervisión que lo hacen mejor que el de hace diez, veinte o treinta años, por no hablar del franquismo. La vigilancia democrática y, por otro lado, la condena y la intolerancia hacia la corrupción son ahora mucho mayores».

Innerarity, investigador Ikerbasque en la UPV y autor de numerosos libros y ensayos sobre filosofía política, sostiene que «aunque todos estamos escandalizados, soy bastante optimista: esto no tiene marcha atrás, porque se ha instalado en la opinión pública un hábito de mirar, controlar y supervisar el uso del dinero público y el modo en que se toman ciertas decisiones. La peor corrupción es la que no se ve. La corrupción que salta a los medios, que nos molesta profundamente, debería ir acompañada de cierta satisfacción respecto de nosotros mismos: no seamos tan injustos con el avance que hemos hecho. Hay una autoestima de la propia sociedad que no hemos desarrollado suficiente».